

El *Leiolaemus nigromaculatus* (*)

POR

Enrique Ernesto GIGOUX

Este lagarto es común en las provincias de Coquimbo, Atacama y más al norte también, pero, sólo en las vecindades inmediatas al mar, en los sitios rocosos o pedregales de la costa.

Esta especie es el *Proctotretus nigromaculatus* de Duméril; el *Tropidurus nigromaculatus* de Wiegmann; el *Tropidurus peruvianus* del Field Museum of Chicago y el *Leiolaemus nigromaculatus* de nuestro Museo Nacional, nombre que he preferido.

El género *Proctotretus* de Duméril pertenece exclusivamente a Chile, y corresponde a la división *Leiolaemus* de Wiegmann en su género *Tropidurus* (Monlau).

Según el Dr. Karl P. Schmidt, erpetólogo americano, se le encuentra en la costa desde Coquimbo hasta el Perú.

Y como lo característico de los *Proctotretus*, tiene la cualidad en ocasiones de cambiar de color.

Sus dimensiones son de 0,30 a 0,35 metros de largo.

En los días nublados poco se los vé, pero, en los días claros de primavera y verano los hay en mucho número corriendo con habilísima destreza sobre las distintas superficies de las piedras, lisas o ásperas, sin caer jamás.

Puede decirse de ellos que son novedosos porque siempre que notan la presencia de alguien se vienen aproximando hasta quedar muy cerca y ejecutando aquel movimiento común de casi todos los lagartos, de levantar y bajar la cabeza y cuello sucesivamente.

La gente temerosa los supone malignos y hasta vene-

(*) Leído en sesión general de la *Sociedad Chilena de Hist. Nat.* el 18 de Junio de 1927.

nosos, porque no admiten que en cantidad se alleguen al que pasa por novedad solamente.

Su talla no parece exceder de lo ya indicado. Su color, al verle de repente es casi negro, pues, la piel es gris con manchas muy oscuras y tan juntas en la cabeza y cuello que parece una sola mancha. Y a medida que van hacia la cola las manchitas se van separando sin dejar de dar un conjunto más o menos uniforme.

Luego, el tamaño, el color (se le llama lagarto negro de la playa), su viveza, la velocidad de su carrera en cualquier sentido y sobretodo su tendencia o aproximarse a la gente, han hecho de un animal inocente, una ali-maña nociva y mala.

He oído de ellos historias torpes y ridículas.

Una mujer vieja me contaba de que una vez en una playa cercana esos lagartos se habían comido en gran parte a un niño de pocos meses dejado por su madre a la sombra de una piedra, mientras mariscaba.

No me extraña, ni me admira el cuento narrado grotescamente por una persona que tiene derecho a su ignorancia y con una imaginación que se la favorece y estimula, cuando un periodista o cronista, a quienes se supone con algo de cultura general, dijo una vez (y conservo el disparate impreso), de que en un fundo del centro del país un niño fue comido por las culebras, como si estas fuesen ratones.

El *Leiolaemus nigromaculatus* tiene costumbres lo mismo que las de todos los de su género, pues, los he observado libres y sobretodo en cautividad, sin notar nada de extraordinario, ni nada fuera de lo común a ellos.

Por esto, el caso que voy a citar observado en uno de estos lagartos, es único, aislado y sin ninguna otra comprobación de mi parte.

Escursionando en la costa norte de Caldera, en Marzo de 1924, traté, con las personas que me acompañaban, de dar caza a un hermoso ejemplar de *Leiolaemus nigromaculatus*, de entre los muchos que había.

Estábamos junto al mar y al extremo de un peñas-cal, de donde empezaba una playa y lleno arenosos.

Tratamos de echar al lagarto al arenal impidiendo se volviese a las piedras, porque entonces lo perdíamos.

El animal corrido por todos lados y sin poder volver atrás, avanzó por la arena, pero, viéndose en peligro de ser cazado ahí también, se dirigió hacia la única piedra que había en aquella parte de la playa.

Esta piedra estaba dentro del agua, muy cerca, y el movimiento de subir y bajar, suave y alternativo que las pequeñas olas imprimían al agua, casi detenida en aquel sitio, hacía que la base de la piedra tuviese de diez a veinte centímetros de inmersión en ella, por todos lados.

El lagarto se dirigió a la piedra, entrando al agua, recorriendo sumergido la distancia de ochenta centímetros, más o menos, hasta quedar quieto junto a la piedra y permanecer sin movimiento alguno.

Admirado de esta sorprendente adaptación anfibia, ninguno de nosotros intentó nada, pero cuando trascurrió un minuto talvez, la sorpresa aumentó y sacando el reloj conté hasta catorce minutos, sin que el lagarto se hubiese movido absolutamente.

Creyéndolo sin vida lo sacamos del agua y pusimos sobre una piedra y al sol. Parecía muerto por asfixia, no ahogado, y permaneció sin movimiento.

No tenía la flaxidez de un cuerpo recién muerto, ni la rigidez de uno cuya muerte ocurrió ya algún tiempo.

Después de transcurrido una hora, y en seguida de haberle hecho masajes suaves de adelante a atrás y moverlo de un lado a otro, dió señales de vida moviendo la cola y muy lentamente las patas.

Continuando con los mismos estímulos para reaccionarlo, vimos que el lagarto volvió a un estado casi normal, aunque no intentaba huir, ni siquiera andar, permaneciendo con los ojos abiertos y tranquilo, como si hubiese sido muy domesticado.

No pude saber si él reaccionó sólo sin necesidad de nuestra intervencióu o si ésta le fué benéfica.

Convencido de que no moriría seguramente e interesado en seguirle observando, lo llevé a mi casa donde

siguió viviendo, para ingresar más tarde a mi gabinete.

Debo advertir y se comprobó, que el lagarto no tragó agua.

Además, en ningún momento ni entreabrió la boca cuando estuvo sumergido, porque todos nosotros lo estábamos observando muy bien a través del agua clara y trasparente.

Con ese mismo ejemplar y con varios otros intenté repetir esa inmersión o provocarla de diferentes maneras disimuladamente o por fuerza y sin haberlo conseguido nunca.

Los lagartos no se sometían a la prueba, ni por bien, ni por mal.

Salían violentamente del agua o empezaban a ahogarse.

¿Y porqué aquel no se ahogó y espontáneamente se entró al agua?

Las experiencias las hice con agua de mar y de río, tibia y fría sin conseguir el objeto.

Tampoco me fué posible reconstituír la escena de aquella vez con todas sus circunstancias, por sí las condiciones de entonces dejando la alternativa al lagarto de dejarse cazar o entrarse al agua, hubiese influido en ese escenario natural.

Creo que este hecho debe ser anormal y sin sostener que estos pequeños reptiles tengan o no horror al agua, pueden, estimulados por el instinto de conservación, no sólo refugiarse en un elemento distinto a su medio y afrontar la muerte en forma indirecta, que no los espanta como en forma violenta, si no que aún preferirían una autotomía o exponerse a un peligro voluntario parecido a un suicidio. Matarse ellos antes que dejarse matar.

Y esto hace pensar lo que ocurre en la especie humana.

Muchas veces hemos oído decir que un condenado a muerte se ha suicidado antes que someterse a la última pena que lo horroriza, por más que en uno u otro caso tiene que morir.

Un ejemplo parecido de esto lo dió Nerón.

Aunque se trata de un hecho aislado, he creído que no estaría demás darlo a conocer.